

EL OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES PRESENTA EL NUEVO CATECISMO A LOS PROPAGANDISTAS

Monseñor Ureña
Pastor, obispo de
Alcalá de Henares,
durante su primera
intervención en el
salón de actos de
la A. C. de P.
A su lado el
vicepresidente de
la Asociación,
Rafael Alcalá-
Santaella.



En la última Asamblea General de la A.C. de P. se aprobó la elección del nuevo Catecismo como tema de estudio del presente curso. El nuevo catecismo fue presentado en Roma por el Papa el 8 de diciembre y el día 21 de enero tuvo lugar la primera reunión de los propagandistas para reflexionar sobre el nuevo Catecismo, en la que pronunció una conferencia don Manuel Ureña Pastor, Obispo de Alcalá de Henares. El día 18 de febrero, monseñor Ureña expuso su segunda conferencia. En las páginas siguientes recogemos ambas intervenciones.



Don Luis Gutiérrez Martín, consiliario nacional de la A. C. de P. hace la presentación de don Manuel Ureña Pastor, obispo de Alcalá de Henares.

Todos sabemos que el día 8 de diciembre de 1992 presentaba el Papa en Roma el Catecismo de la Iglesia Católica. Se trata de un texto, aprobado por el Pontífice en junio de ese año, largamente esperado y elaborado en el transcurso de los seis últimos años, que fue sometido a la consulta de todo el episcopado mundial. Este texto ha levantado una inmensa polvareda, como todos saben, sobre todo por la controvertida campaña de prensa organizada en todo el mundo. Dos meses antes de que apareciera el Catecismo, ya se pronosticaba lo que iba a ser el Catecismo, se hacían disquisiciones sobre su contenido y además se tomaban posiciones apriorísticas sobre él. Lo que ya sabemos y conocemos perfectamente en estas fechas es la recepción tan espectacular que este Catecismo ha tenido en varios países y también en España.

En esta primera presentación del Catecismo, en la que no vamos a entrar en el estudio de cada una de sus partes ni en la contemplación de sus contenidos, pienso que debemos situarnos en una perspectiva global, donde consideremos qué es un Catecismo, partes de un Catecismo, la necesidad de un nuevo Catecismo en la Iglesia, para pasar después a contemplar las características formales del nuevo Catecismo y sus destinatarios finales. Por lo tanto, voy a dividir mi intervención en estas cinco partes.

CONTENIDOS DOGMATICOS

Un Catecismo, como afirma la "Fidei Depositum", que es la Constitución de Juan Pablo II con la que comienza el

Catecismo, es una exposición orgánica y sintética de los contenidos esenciales y fundamentales de la fe, tanto dogmáticos como morales. Naturalmente, una exposición orgánica y sintética de los contenidos dogmáticos y morales de la fe cristiana, y una exposición realizada a partir de las fuentes mismas de la Revelación: la Escritura y la Tradición, en las cuales se contiene el mensaje evangélico.

El objetivo que persigue un Catecismo es sencillamente un instrumento para la catequesis y la catequesis, como saben, apunta a la maduración de la fe inicial y a la educación del verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo del Evangelio, entendiendo el Evangelio como la persona y el mensaje de Jesucristo.

Si un Catecismo es, como hemos dicho, la exposición orgánica y sintética de la persona y de la obra de Jesucristo, fácilmente podemos adivinar cuáles son las partes de un Catecismo. Naturalmente, un Catecismo comenzará por presentar la palabra de Dios manifestada en Jesucristo. Un Catecismo tendrá que responder siempre a la pregunta cardinalen qué hemos de creer. Por eso, la primera parte del Catecismo se detiene en la contemplación del símbolo apostólico, del símbolo de la fe, porque en el símbolo de la fe están contenidos los artículos fundamentales de la fe, es decir, aquellos artículos cuyos contenidos constituyen la fe que hemos de creer y que es el distintivo de nuestro ser cristiano. El nuevo Catecismo recoge, desde el número 26 al 1.065, los contenidos del símbolo apostólico, de la fe.



Aspecto que ofrecía el salón de actos de la Asociación durante la conferencia.

PALABRA Y VIDA DE DIOS

La segunda parte del Catecismo se refiere a la vida misma de Dios, manifestada en Jesucristo, porque la persona de Jesucristo es la palabra y la vida de Dios. Por eso, Jesucristo es la palabra de Dios hecha carne. Jesucristo es palabra y vida, esto es, camino, verdad y vida. Jesucristo verdad, primera parte del Catecismo. Jesucristo vida, segunda parte del Catecismo. Y la vida de Jesucristo ¿qué es?. La vida de Jesucristo son los sacramentos, porque éstos son los signos visibles a través de los cuales se presencializa y actualiza la vida de Dios en Jesucristo. De ahí que en el nuevo Catecismo se dedique del número 1.066 al 1.690 al estudio de la sacramentalidad de la Iglesia.

Jesucristo, palabra y vida. Jesucristo es palabra, es decir, la verdad que hay que creer, y Jesucristo es la vida de la que hay que alimentarse. Al mismo tiempo, Jesucristo es también la ley nueva del amor, que asume la antigua ley y no la deroga. La ley antigua, por tanto, es una ley que queda transcendida, purificada y, al mismo tiempo, adquiere un carácter soteriológico, salvador, que la antigua ley no tenía.

PRACTICA DE LA LEY NUEVA

Llegados a la tercera parte del Catecismo, nos encontramos con el tercer pilar del cristianismo. El primero es qué hemos de creer: la verdad que hemos de creer. El segundo pilar del cristianismo -de qué vida nos hemos de alimentar:

la vida de Jesucristo- responde a la segunda parte del Catecismo. La tercera parte del Catecismo responde a la pregunta qué hemos de hacer: poner en práctica la ley nueva del Evangelio, es decir, la ley nueva que es Jesucristo mismo. Por lo tanto, el Catecismo quiere responder a tres preguntas fundamentales, radicales, que se plantea toda persona humana: qué hemos de creer, de qué hemos de vivir, qué hemos de hacer.

Existe una cuarta pregunta que también se plantea el hombre auténtico: qué hemos de esperar. Esta cuarta pregunta es la dedicada a la oración, porque en la oración el hombre se pone delante de Dios para reconocer los bienes que ha recibido de El, le da gracias por esos bienes y le pide que continúe siendo fiel a su pueblo y le colme con los dones escatológicos. La oración, por tanto, reconoce los bienes recibidos, da gracias por los bienes recibidos y pide el don definitivo, el don absoluto, es decir, la segunda venida del Señor, y la gracia de que, cuando venga el Señor, nos encuentre dignos de salir a su presencia.

INTERROGANTES TERMINALES

¿Qué hemos de creer? ¿De qué hemos de vivir? ¿Qué hemos de hacer? ¿A quién hemos de esperar? Estas cuatro preguntas, que todos los pensadores se han formulado, de un modo u otro, las encontramos en el marxismo, en el existencialismo, en Kant y en Aristóteles. Son las preguntas de orden metafísico que todo hombre, si es auténtico, se las

formula e intenta responderlas. Son preguntas que nacen de un hombre como imagen de Dios que es, y, al mismo tiempo, finito y pecador. La gran tragedia del hombre y la paradoja en que consiste el hombre radica precisamente en que se plantea una serie de interrogantes terminales y, sin embargo, ha de reconocer, desde una antropología objetiva, que a esos interrogantes, de cuya solución depende que el hombre tenga o no sentido, se levante o caiga, no puede dar respuesta, porque no tienen respuesta inmanente, sino trascendente, es decir, si Dios la da.

Toda la tragedia del pensamiento metafísico occidental ha consistido, precisamente, o bien en haber intentado dar una solución inmanente a esos interrogantes, o bien en haber rechazado el plantearse de un modo reflejo, como es el caso de la postmodernidad, en la que nos encontramos inmersos y en la que observamos esa resistencia del hombre a tomarse en serio, a tomarse en gravedad, según su textura más honda, y a pensar que formularse las preguntas que hemos de creer, que hemos de hacer, de qué hemos de vivir y a quién hemos de esperar son preguntas vacías.

El Catecismo, cuya fuente es no una ideología humana, no un sistema filosófico o ético humano, sino las fuentes de la Revelación positiva de Dios, que son la Escritura y la Tradición, se plantea con preguntas e intenta dar una respuesta desde la fuentes mismas de la Revelación. Quien habla en el Catecismo no es el hombre, es Dios mismo, manifestado en Jesucristo y presente y operante en la Iglesia, la que custodia fielmente el depósito de la fe, de la vida, de la ley y de la esperanza en Jesucristo.

UNA MISMA FE

La pregunta que surge, a la altura de la exposición, es muy clara: para qué un nuevo Catecismo. Plantearse esta pregunta es lo mismo que plantearse para qué un Concilio, porque la persona de Jesucristo es siempre la misma. Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre. La historicidad no roza ni alcanza, bajo ningún aspecto, el núcleo del contenido del cristianismo. Los cristianos de Nicea, los de Constantinopla, los del concilio de Efeso, los de Trento, los del Vaticano I y del Vaticano II confesamos a Jesucristo del mismo modo, pensando y creyendo lo mismo. El sentido de la fe y la fe misma se han conservado incólumes a lo largo de la Historia. Se han producido equívocas interpretaciones, falsas interpretaciones, que han sido fulminadas con el tiempo, quedando, al final, la fe. Por tanto, la razón de un nuevo Catecismo no es porque haya que exponer a nuestro tiempo una fe distinta de la fe recibida -"lo que me transmitieron, eso es lo que yo os transmito" - dice San Pablo".

La fe es siempre la misma y la historicidad no la toca en ningún aspecto, porque cuando la historicidad intenta tocar la fe, los medios establecidos por Jesucristo para dirimir y discernir la fe verdadera de la ideología que se incrusta en la fe en cada tiempo histórico, esos medios, el magisterio universal y ordinario de los obispos, las definiciones ex cátedra del Papa y los Concilios, actúan y separan la verdad de la fe de la ideología que intenta meterse en ella y la esclarecen.

La necesidad de un Catecismo, por tanto, no hay que



"La necesidad de un Catecismo -dijo monseñor Ureña- responde a la conveniencia de reproponer a cada tiempo histórico la misma fe". En la fotografía, monseñor Ureña junto a Iñigo Cavero.

buscarla en el contenido mismo de la fe que haya que vivir, sino en la conveniencia de reproponer a cada tiempo histórico la misma fe, pero teniendo en cuenta los desafíos culturales, los retos, los problemas que cada época histórica presenta a la fe. Por eso, periódicamente, hace falta que se celebre en la Iglesia un concilio y de ahí el porqué del magisterio constante del Papa y de los obispos, porque la fe es la misma pero no así el mundo, que va evolucionando y presentando, en cada época, una serie de retos a la fe, que la fe tiene que asumir y superar a partir de sí misma.

CATEQUESIS DE LA EXPERIENCIA

Se ha hablado mucho, en los últimos años, de la catequesis de la experiencia, una expresión que esconde una gran verdad, pero que simultáneamente puede esconder un tremendo error, porque la expresión "catequesis de la experiencia" tiene un marcado carácter modernista. Cuando hablo de modernismo me refiero a la conocida tendencia teológica de finales de siglo pasado y principios de este siglo, según la cual la fe cristiana no es más que el producto de una experiencia cardinal y fundamental del hombre. Dado que el sesgo antropológico del pensamiento contemporáneo nace de una tendencia teológica, según la cual más que preguntarse qué contenidos de la fe hay que creer, hay que comenzar preguntándose por el sujeto, por la estructura metafísica del sujeto que tiene que creer esos contenidos de la fe. Este método es un método totalmente kantiano.

Cuando este método se aplica a la Catequesis significa lo siguiente: Vamos a dar catequesis, pero ¿qué vamos a dar a los niños? ¿Les explicamos el Catecismo, es decir, los contenidos de la fe? No, porque, si hacemos eso, humillamos su conciencia, dado que esos contenidos de la fe incidirán en las conciencias de los alumnos como un cuerpo extraño y no respetarán su subjetividad. ¿No sería mejor invitar a los niños, a formularse preguntas sobre ellos mismos, a hacer la autoexperiencia de sí mismos?. El método, bien llevado, puede ser auténtico, pues esto se llama Teología Fundamental, que trata de estudiar al hombre en profundidad para que el hombre, cuando se estudie en profundidad, se descubra como entitativamente abierto a la Revelación, de tal forma que, sin la Revelación, ese hombre no es nada.

La Catequesis de la experiencia es legítima siempre y cuando parta de un análisis objetivo del sujeto para descubrir al sujeto como intrínsecamente abierto a la Revelación, manifestada en Jesucristo, y, por tanto, abierto a la fe. Esta es la estructura ortodoxa de la que parte la catequesis católica. Sin embargo, la catequesis de la experiencia no siempre obró así y se ha producido el fenómeno de que la catequesis ha quedado reducida simplemente a la autocontemplación del hombre. En esta línea de la catequesis de la experiencia se sitúan las falsas formas de catequesis como las que confunden el cristianismo con los valores humanos. La catequesis de la experiencia, por tanto, llevada a sus últimos extremos, seculariza el mensaje cristiano.



Monseñor Ureña, durante su conferencia.

Esta proposición postconciliar a una catequesis de la experiencia, fruto de una teología antropológica mal entendida, era una catequesis que clamaba la aparición de un Catecismo marco, de un Catecismo mayor, dirigido a los obispos, a los sacerdotes y a los catequistas.

REPROPONER LA FE

El Catecismo, pues, nace de la necesidad de reproponer la fe por parte de la Iglesia a cada época histórica, y porque era muy necesario que, frente al desafío del antropocentrismo moderno, frente al desafío de una serie de teologías de marcado carácter antropocéntrico y una serie de desviaciones muy serias por parte de la catequesis de la experiencia, apareciese un Catecismo marco, que fuera la fuente de inspiración de los catecismos menores, de los dedicados al catequizando.

Se trata de un Catecismo que evita las definiciones abstractas, un Catecismo que quiere integrar al máximo el vocabulario y la forma de pensar actuales. La fe se presenta de una forma más viva. Los textos son eminentemente explicativos y genéricos, ya que, cuando abordamos un artículo del nuevo



El salón de actos de la A. C. de P. se encontraba lleno de público durante la conferencia de Monseñor Ureña.

Catecismo, la verdad aparece en estado ascendente y se nos va adelantando, poco a poco, en el conocimiento paulatino de esa verdad. Hay un acercamiento fenomenológico, genético, explicativo, para que al final, la verdad aparezca de un modo que pueda ser fácilmente integrada por nosotros.

Es un Catecismo con una gran base bíblica, litúrgica y de tradición. Una gran base bíblica, ya que los textos bíblicos apoyan constantemente las afirmaciones que se hacen. Por otra parte, la gran tradición litúrgica de la Iglesia está constantemente presente en el Catecismo y ésto es muy importante, porque no olvidemos que la liturgia es el lugar teológico por antonomasia. En la liturgia se contiene químicamente pura la fe o la ley del suplicar, la ley del orar, la ley del celebrar -dice el concilio de Efeso, establece la ley del creer.- Lo que creemos no es más que una objetivación teórica de aquello que celebramos. La fe celebrada y vivida es la fe creída. Por tanto, si la liturgia es la fuente de la fe, a la hora de establecer la fe, deberemos tener presentes los textos litúrgicos.

También en el nuevo Catecismo está presente la Tradición: Como nos decía monseñor Estepa, al presentar el Catecismo, los textos del Concilio Vaticano II aparecen más de mil veces en el nuevo Catecismo. Pero, junto con el Vaticano II, aparecen los textos y enseñanzas establecidas en anteriores concilios, lo cual enriquece el Catecismo y se evita ese hiato maligno que apareció en la Iglesia postconciliar cuando algunas tendencias teológicas afirmaban Vaticano II sí, tradición anterior, no. El Catecismo recoge toda la tradición de la Iglesia, porque parte de una concepción de la evolución homogénea de la fe.

Otra característica del nuevo Catecismo son los magníficos resúmenes que presenta, con lo cual adquiere un carácter extraordinariamente pedagógico. Cuando la doctrina ha sido genética y fenomenológicamente presentada, hace falta retenerla. Esto es lo que se logra con los resúmenes.

PROFESION DE LA FE

En su segunda conferencia, impartida el día 18 de febrero, monseñor Ureña Pastor, abordó el análisis de la primera parte del nuevo Catecismo y dijo lo siguiente:

El Catecismo expone y transmite la fe cristiana, una fe que se profesa y se confiesa; una fe que se celebra y que vive en una relación personal con Dios.

La primera parte del Catecismo trata de la profesión de la fe, es decir, del reconocimiento de la Revelación como verdad absoluta, porque eso significa profesión de la fe. Profesión viene de "profiteor", que significa confesar, aceptar de un modo vinculante aquello que se profesa y que se confiesa. No es lo mismo profesar un teorema matemático que profesar la fe de Cristo, porque un teorema matemático no vincula a la persona, sino al entendimiento simplemente, lo contrario de lo que significa la profesión de una fe.

En el Catecismo, la parte dedicada a la profesión de la fe está dividida en dos apartados o secciones. Una sección está dedicada a estudiar los presupuestos de la fe cristiana y la otra, a la exposición de sus contenidos, que son, sencillamente, el símbolo apostólico, el Credo de los Apóstoles.

SER RELIGIOSO DEL HOMBRE

La primera parte del Catecismo supone, en los estudios teológicos, unas catorce asignaturas. Por ello, en esta conferencia me limitaré a exponer la textura simplemente. Comencemos por los presupuestos de la fe cristiana. Nuestra fe presupone tres fundamentos. El primero de ellos es el movimiento del hombre hacia Dios, es decir, presupone al hombre como ser religioso. El primer capítulo de la primera parte del Catecismo dice así: "El hombre es un ser capaz de Dios, ya que el hombre es un ser religioso por naturaleza. San Agustín, en las "Confesiones", lo expresa con toda claridad: El corazón del hombre está inquieto hasta encontrarse con Dios. El ser religioso no es patrimonio del cristiano. Antes de Cristo, el hombre ya era religioso. El cristianismo no descubrió la religión a los hombres; el cristianismo aconteció sobre un hombre que ya era religioso.

San Pablo, en el famoso discurso del Aerópago, de Atenas, presenta este primer fundamento de nuestra fe con toda claridad. San Pablo acude al Aerópago para comenzar la evangelización del mundo griego y allí se encuentra con unos hombres que eran religiosos. Se da cuenta San Pablo de que aquella gente tenían unas imágenes de la Divinidad que no hacían justicia a la Divinidad. Entre las distintas imágenes falsas que circulaban sobre Dios, encontró un monumento dedicado al Dios desconocido. Pensando que por este camino podía llegar hasta sus oyentes, les dice: "A este Dios desconocido, al que adorais sin conocer, es el que yo os anuncio". Con ello, San Pablo dejaba clara dos cosas: que el



"El hombre, cuando se percibe a sí mismo -dijo Monseñor Ureña- se concibe religado a Dios"

hombre es un ser religioso por naturaleza y que el Dios que él predica asume el dinamismo religioso del alma humana, aunque es un Dios que trasciende toda determinación humana posible.

RELIGACION CON DIOS

Este movimiento del hombre hacia Dios es lo que Zubiri ha llamado, en términos modernos, la religación en su libro "Naturaleza, historia, Dios". La religación - dice Zubiri - es una característica "a priori" del ser humano, porque el hombre se percibe como un ser viviente, como un ser cuya existencia le es dada. El hombre, cuando se percibe a sí mismo de un modo auténtico, se concibe entitativamente religado a la deidad. No sabemos todavía si Dios existe o no existe, dice Zubiri. La religación no trata de demostrar que Dios existe; eso vendrá en una reflexión posterior. Lo cierto es que el hombre se descubre "a priori" entitativamente religado a Dios.

En un segundo tiempo habrá que demostrar naturalmente que esa dependencia del hombre de un ser trascendente tiene fundamento intelectual y habrá que demostrar que Dios existe. Eso será la demostración racional de la existencia de Dios, las famosas vías. El hombre es un ser religioso, esto es, tiende a Dios; el hombre es un ser que puede demostrar racionalmente que esa tendencia objetiva, como "ens a se", dice Zubiri, de esa deidad a la cual tiende, y, finalmente, que

el hombre puede hablar con Dios. Son los tres grandes temas de la Filosofía de la Religión y de la Teología.

La Filosofía de la Religión trata de demostrar que el hombre es un ser lanzado, catapultado hacia Dios. La Teodicea o Teología Natural tratará de demostrar que ese Dios, hacia el cual tiende el hombre, existe como ser en sí y por sí. Y finalmente, el último capítulo de la Teodicea tratará de lo que Dionisio el Areopagita llamaba “ De divinis nominibus”, “ A cerca de los nombres de Dios “. Ese Dios al cual tiendo - Filosofía de la Religión; ese Dios, cuya existencia la mente humana puede probar, si bien con lagunas y errores - Teodicea - puedo nombrarle y hablar de él de un modo analógico.

MOVIMIENTO DE DIOS HACIA EL HOMBRE

Segundo presupuesto fundamental de la fe cristiana: el movimiento de Dios hacia el hombre, lo cual se concreta en la Revelación. La mente humana y el corazón humano pueden saber de Dios, pero no pueden alcanzar a Dios, si Dios no se revela al hombre. Y Jesucristo es el punto de la Historia en el que se dan cita dos movimientos: el movimiento del hombre hacia Dios y el movimiento Dios hacia el hombre. Jesucristo, en cuanto que es Dios, tiene una naturaleza divina y es donación de Dios al hombre, pero es hombre y, por tanto, la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo encarnado es una unión en la que convergen los dos movimientos.

Tercer presupuesto de la fe cristiana: la respuesta del hombre al Dios de la Revelación, al Dios cristiano. Y esta respuesta se concreta en la fe. Dios se revela y el hombre responde. ¿Cómo responde?. Creyendo, aceptando al Dios de la Revelación.

Esta respuesta presenta las siguientes características. En primer lugar, es una respuesta del hombre, porque es el hombre el que cree, pero es una respuesta que no se explica solamente a partir del hombre. No tienen, pues, razón los protestantes cuando dicen que en el acto de la fe toma parte el hombre, sino que es Dios quien conduce mecánicamente al hombre a aceptar la Revelación. Si bien es cierto que es el hombre el que hace el acto de la fe, también es cierto que ese acto no tiene su origen solamente en el hombre; hace falta la gracia. Hace falta una iluminación especial del espíritu.

Con esto, ya tenemos los tres grandes presupuestos de la fe cristiana: el movimiento del hombre hacia Dios, o el hombre como ser religioso; el movimiento de Dios hacia el hombre: la Revelación, y la respuesta del hombre a la Revelación.

CONTENIDO DE LA FE

En la segunda sección de la primera parte del nuevo Catecismo se trata del contenido de la fe, que está compen-

diado en el símbolo apostólico. La segunda sección, dividida en tres capítulos con varios artículos, trata de explicarnos el objeto de la fe cristiana. Cuando ceemos, ¿ en qué creemos y a quién creemos ?. Toda la fe cristiana tiene como único objeto a Dios. Creemos en Dios, en el Dios verdadero, y ese Dios verdadero es Uno en naturalezas y Trino en personas. Por eso, el Credo tiene tres partes: Creo en un solo Dios, Padre; en el Hijo, Jesucristo, y en Espíritu Santo.

Todo el símbolo apostólico, pues, se estructura en torno a estos tres grandes temas. Creo en Dios Padre, todo poderoso, creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, y aquí el Credo se detiene, explicando quién es Jesucristo, el cual procede de Dios, se hizo hombre en las entrañas de María Virgen, murió, fue sepultado y resucitó. Y creo - tercera parte del símbolo apostólico - en el Espíritu Santo.

En la confesión de fe en el Padre ya quedan claras algunas características fundamentales de la Revelación cristiana. La fe en el Padre es una fe en el Todopoderoso y Creador. En las religiones, Dios no aparece siempre como creador. Esta es una realidad muy específica de las religiones monoteístas, como el judaísmo, el islam y el cristianismo, que proceden de un tronco común. La religión cristiana se caracteriza por un monoteísmo absoluto, ya que es un solo Dios aquel al que creemos. Un Dios trascendente al mundo y, al mismo tiempo, immanente al mundo.

MISTERIOS DE LA SALVACION

Fe en el Hijo. En un símbolo apostólico aparecen las características fundamentales del Hijo. Se habla de la preexistencia del Hijo para afirmar que el Hijo de Dios y el Padre son la misma cosa. El Hijo preexistía ya antes de la Encarnación en el Padre, pero se encarnó y además padeció, murió y resucitó. Aquí se encuentran los cuatro grandes misterios de la salvación cristiana, porque hemos sido salvados por la Encarnación, por la pasión, por la muerte y por la resurrección de Jesucristo.

Creo en el Espíritu Santo. En el Credo se afirman los grandes misterios del Espíritu Santo. En primer lugar, que es Dios, al igual que el Padre y que el Hijo. En segundo lugar, la procesión del Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo.

La Iglesia es colocada, en esta tercera parte de la segunda sección del nuevo Catecismo porque el Espíritu Santo es el que constituye la Iglesia. Fundada por Jesucristo, la Iglesia fue constituida por el Espíritu Santo el día de Pentecostés. Ya lo había dicho Jesucristo: “ Os enviaré al Paráclito y él os lo explicará todo “. El Espíritu Santo tiene, pues, la misión de hacer presente en la Historia y en la comunidad de aquellos primeros discípulos a Jesucristo. Así, en la Eucaristía, antes de la consagración, el sacerdote invoca al Espíritu para que venga y constituya a Jesucristo.